

LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PERÚ: UN ESBOZO INTERDISCIPLINARIO DE INTERPRETACIÓN

Carlos Mansilla

Resumen

La estructura social peruana no se puede estudiar desde la perspectiva marxista, debido a que se ha destacado por la aparición de actores sociales con intereses divergentes, pero no siempre contradictorios. A pesar de ello, se ha generado mucha violencia política en los últimos años y entre sus causas se encuentran: la destrucción del tejido social tradicional, falsas expectativas de progreso y el desencanto a la modernización imitativa.

La sociedad peruana ha sufrido un proceso de democratización incompleto, y migraciones internas de gran amplitud e intensidad. El clamor popular en favor de un gobierno fuerte que ponga fin al terrorismo irracional del *MRTA* y de *Sendero Luminoso*, contribuyó a la reintroducción de un gobierno semi-autoritario en abril de 1992.

Abstract

The Peruvian social structure cannot be studied from a Marxist perspective, due to the appearance of new social actors with divergent interest, which are not always contradictory. In spite of this, much political violence has been generated in the last years. Among some of the causes are the destruction of the traditional social texture, unfulfilled progress expectations, and disappointment of a rather imitative modernization. Peruvian society has suffered a partial and low quality modernization, and incomplete democratization process as well as intense and massive internal migrations together with this factors people must endure acts of terrorism. The popular outcry for a strong government able to put on end to the irrational terrorism of the *MRTA* and *Sendero Luminoso*, contributed to the return of a semi-authoritative government in April 1992.

El análisis de fenómenos de violencia política en el Perú estuvo largo tiempo bajo una especie de monopolio de esquemas marxistas y afines, como la Teoría Latinoamericana de la Dependencia. Estos enfoques han ofrecido explicaciones monocausales, a primera vista plausibles, que vinculan la irrupción de la lucha armada y el surgimiento de guerras civiles a la existencia de insoportables situaciones de injusticia histórica, la cual estribaría principalmente en la explotación despiadada de parte de monopolios extranjeros y sus agentes locales. Según *Johan Galtung*¹ —cuyas tesis han sido muy populares a la hora de explicar las causas profundas de los problemas peruanos—² los motivos de la “violencia estructural” provienen básicamente:

- a) De una estructura socio-económica injusta que genera miseria colectiva;
- b) De la represión política que produce relaciones asimétricas con respecto al poder, y
- c) De la pervivencia de fenómenos de alienación,³ los que harían imposible una paz duradera.

Contra esta concepción se puede aseverar que la penuria económica, la carencia de influencia política, el desempleo crónico y el malestar

¹ Johan Galtung, *Sobre la paz*, Barcelona, Fontamara, 1985, pp. 27-72.

² Cf. la obra más influyente: Felipe MacGregor, Marcial Rubio Correa, Rudecindo Vega Carreazo, *Marco teórico y conclusiones de la investigación sobre violencia estructural*, Lima, APEP, 1990, que inauguró la serie de volúmenes *Violencia estructural*, publicados por la Asociación Peruana de Estudios e Investigaciones para la Paz. La APEP patrocina igualmente una serie denominada *Violencia institucional*, dedicada hasta ahora a problemas del narcotráfico. Cf. también dos obras anteriores de notable resonancia: Felipe MacGregor/Laura Madalengoitia (comps.), *Violencia y paz en el Perú hoy*, Lima, APEP/FFE, 1985; Felipe MacGregor, José Rouillon, Marcial Rubio Correa (comps.), *Siete ensayos sobre la violencia en el Perú*, Lima, APEP/FFE, 1987.

³ José María Salcedo, “Violencia y medios de comunicación en el Perú”, en *Violencia en la región andina: caso Perú*, Lima, APEP, 1993, pp. 222, 235 sqq. El autor constata una resignación y hasta una fascinación de la población peruana ante los programas de televisión que contienen elementos de violencia.

colectivo, representan factores que han predominado en todos los periodos de la historia humana y en todas las sociedades, y que sólo ocasionalmente han dado lugar a una violencia política específica como la lucha armada.⁴ El bajo consumo de calorías y proteínas, el analfabetismo y las agresiones físicas del marido en la vida familiar e íntima son, sin duda alguna, fenómenos reprobables, pero calificarlos como elementos definitorios de la violencia política en el Perú y como variables que pueden explicar y hasta exculpar los movimientos guerrilleros⁵ es una exageración sin atenuantes.

1. Una constelación proclive a conflictos violentos

En contra de las simples contraposiciones marxistas y dependentistas (innumerables campesinos sin tierra contra poquísimos señores feudales; miriadas de obreros explotados contra unos pocos y todopoderosos capitalistas extranjeros), la estructura social peruana se ha destacado a partir de 1940-1950 por una enorme complejidad y por la aparición de numerosos actores sociales con intereses entre sí divergentes, pero no siempre contradictorios. Esta diversidad social proviene de amplias corrientes migratorias que desde entonces se han dirigido de la sierra a la costa y del campo a la ciudad. El resultado ha sido

a) La diversificación de la estructura social del Perú, especialmente el surgimiento de nuevos sectores en las capas medias y bajas de la población, y

b) La aparición de actores con claras demandas socio-políticas diri-

⁴ Para el caso colombiano cf. el excelente libro de Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución. La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1996, pp. 22-27 (con referencias a la constelación peruana).

⁵ Margarita Giesecke, "Vida cotidiana y violencia en el Perú", en *Violencia...*, op. cit. (nota 3), pp. 164, 166, 172 sq.; Giesecke, *Violencia estructural en el Perú. Historias de vida*, Lima, APEP, 1990.

gidas hacia el aparato estatal: los movimientos de barrio, los informales y las corrientes étnico-culturales conscientes de su diferencia. Se trata de movimientos populares relativamente bien organizados, sobre todo en las ciudades de la costa, conformando asociaciones de pobladores de la más diversas especies y para los fines más disímiles. La mayoría de las investigaciones llegan, empero, a la conclusión de que estas migraciones han corroído irreparablemente el tejido social tradicional, generando una sensación general de desamparo, proclive a la conocida dialéctica de frustración y agresión.⁶

Un estudio psicoanalítico, que tiene reputación de clásico, asevera que la mayoría de los miembros de estos movimientos sociales en contexto de extrema pobreza despliega una estrategia de supervivencia básicamente defensiva, sin rasgo alguno de generosidad y más bien con marcada tendencia a un comportamiento mezquino, desconfiado y envidioso, que no son precisamente elementos favorables a una solidaridad efectiva de los sectores populares.⁷ Esta alta tasa de desconfianza, que ha llamado la atención de los estudiosos, es contraria al funcionamiento cotidiano de un sistema democrático y de toda clase de delegación y favorece el verticalismo, las jerarquías rígidas y los procedimientos altamente burocráticos.⁸

⁶ Cf. la reseña crítica: "Luis Pásara, nuevos actores: devaluación de la moneda corriente", en Luis Pásara *et al.*, *La otra cara de la luna. Nuevos actores sociales en el Perú*, Buenos Aires, CEDYS, 1991, pp. 7-9, 14-17, 22 sqq. Según algunos analistas, estos movimientos han transportado de la sierra a la costa modelos organizativos basados en el colectivismo andino-indígena y en la solidaridad propia de las parentelas extensas, construyendo redes de ayuda recíproca de notable eficacia. Cf. José Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado*, Lima, IEP, 1984, pp. 58, 63, 81, 106; cf. la obra más significativa sobre esta temática: Jürgen Golte, Norma Adams, *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima*, Lima, IEP, 1987; cf. también Carmen Rosa Balbi *et al.*, *Movimientos sociales: elementos para una relectura*, Lima, DESCO, 1990.

⁷ César Rodríguez Rabanal, *Cicatrices de la pobreza. Un estudio psicoanalítico*, Caracas, Nueva Sociedad, 1989, pp. 182, 228.

⁸ Cf. Luis Pásara, Alonso Zarzar, "Ambigüedades, contradicciones e incertidumbres", en Luis Pásara *et al.*, *op. cit.* (nota 6), p. 180.

El apoyo urbano de que han gozado Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), sobre todo en el área Lima-Callao, proviene básicamente de estos sectores urbanos desarraigados. Algunas de las causas más importantes de la violencia política peruana residen en un contexto conformado

- a) Por la destrucción acelerada del tejido social tradicional;
- b) Por el surgimiento de expectativas de progreso colectivo e individual (que no pueden ser satisfechas a corto plazo);
- c) Por el acelerado crecimiento demográfico de la población peruana en un lapso temporal muy breve, y
- d) Por el desencanto generado por una modernización imitativa de segunda clase, que ha estado tradicionalmente asociada al régimen de propiedad privada y marcadas diferencias sociales que han prevalecido en el Perú a lo largo del siglo XX, régimen que no fue, en lo básico, atenuado por el experimento del reformismo militar izquierdista de 1968 a 1980.

Hay que tener presente que gran parte del territorio peruano está conformado por desiertos, estepas, montañas y selvas tropicales, suelos que difícilmente se prestan a la vida humana, y si son utilizados económicamente, se degradan rápido a causa de su precariedad ecológica. La configuración del medio ambiente no es precisamente favorable a una apertura indiscriminada de todas las regiones del país hacia el progreso material y, por ende, a mitigar de esa manera el incremento demográfico; pese a ello persiste desde la época colonial el mito popular de las riquezas inmensas y de la potencialidad ilimitada del Perú, potencialidad que estaría refrenada por políticas públicas inadecuadas. Tenemos entonces una constelación ecológico-demográfica que constriñe el desenvolvimiento rápido de las fuerzas productivas e indirectamente aumenta el potencial de protesta y de violencia socio-políticas.

Así han prosperado paulatinamente una desconfianza y un malestar colectivos con respecto a todos los gobiernos; este ambiente impide una identificación con el Estado peruano o hasta una percepción realista de

las posibilidades efectivas de este último. Se puede afirmar que en menos de veinticinco años la actividad gubernamental pasó de administrar tranquilamente el subdesarrollo⁹ a programas frenéticos en pro de la modernización, la que resultó disminuida por la acción conjunta de la guerrilla, el narcotráfico, la corrupción y las ya mencionadas limitaciones ecológicas. Una de las consecuencias de esta constelación ha sido una hiperurbanización caótica y productora de múltiples conflictos sociales sin una solución fácil y aceptable para todos. Un solo dato basta para describir estas modificaciones demográficas: en 1940 dos terceras partes de la población (seis millones de habitantes) vivían en y del campo, mientras que en 1998 la población rural no llega al 32% de la global peruana (cerca de veinticinco millones).

En 1950, la capital Lima contaba con un millón de habitantes, mientras que hoy en día no se puede determinar exactamente la magnitud poblacional del área metropolitana a causa de su crecimiento incesante, pero sobrepasa con seguridad los seis millones. Este acelerado incremento demográfico no ha podido hasta hoy ser amortiguado por un crecimiento equivalente en la generación de alimentos, puestos de trabajo, viviendas y posibilidades educacionales. Cualquier régimen socio-político se habría visto en enormes dificultades para brindar un nivel de vida adecuado a una sociedad que no sólo ha crecido físicamente a un ritmo incesante e imprevisible (hasta la década de 1980-1990), sino que, simultáneamente, despliega anhelos de progreso material que corresponden, en el fondo, a una etapa histórica posterior.

Otros datos pueden ayudar a ilustrar esta constelación. Marcadamente acelerado ha sido el incremento del número de estudiantes de tercer ciclo en las últimas décadas: el número total de universitarios regulares era de 27,000 en 1960, y pasó a 340,000 en 1990; la Universidad de San Cristóbal de Huamanga en Ayacucho, que tuvo una relevancia fundamental en el surgimiento de *Sendero Luminoso*, tenía 300 alumnos en 1960 y llegó a los 8,000 en 1990.¹⁰ Esta temática es, paradó-

⁹ Luis Pásara, "Introducción", en Luis Pásara *et al.*, *op. cit.* (nota 6), p. 1.

¹⁰ Enrique Bernalles Ballesteros, "Cultura, identidad y violencia en el Perú contemporáneo", en *Violencia...*, *op. cit.* (nota 3), p. 87.

jicamente, de primordial importancia para comprender la violencia política peruana, ya que a partir del año de 1940 el ambiente universitario ha constituido en toda América Latina una de las fuentes más importantes de los movimientos radicales de protesta y, en el caso peruano, la cuna de las dirigencias guerrilleras. La masificación del estudio universitario y su concomitante pérdida de calidad intrínseca han contribuido a devaluar el “valor” de la formación académica en la sociedad respectiva y a inducir una crisis de identidad en las capas medias bajas, las más afectadas por esta evolución. Numerosos estudiantes decepcionados con esta situación se han sentido fácilmente atraídos por programas políticos radicales, que haciendo hincapié —sobre todo verbal— en el carácter científico de sus teorías, han propagado la lucha armada como “la única solución” frente a una constelación socio-política que parecía totalmente estancada.

El núcleo de *Sendero* estuvo originalmente conformado por “la sagrada familia”:¹¹ intelectuales de provincia sin perspectivas laborales promisorias, miembros desarraigados de antiguas familias de terratenientes arruinados y algunos jóvenes campesinos con anhelos de ascenso social y actividad política. Es interesante mencionar el hecho de que el 38.5% de los terroristas encarcelados en el Perú son universitarios (con estudios interrumpidos), mientras que el 6.3% son personas sin ningún tipo de educación: ambas cifras no corresponden de ninguna manera a la estructura demográfica del país.¹²

Esta constelación de un crecimiento acelerado de la población en conexión con una notable intensificación de los anhelos de progreso material induce, como se sabe, procesos de descomposición social. Un dato estadístico (que al mismo tiempo es un indicador de una cierta anomia colectiva) puede brindar un indicio a este respecto. El aumento en la tasa de delitos registrados policialmente es sintomático: en 1963 se daban 3.27 delitos por mil habitantes, mientras que en 1988 subieron a

¹¹Julio Cotler, “EL Sendero Luminoso de la destrucción”, en *Nueva Sociedad*, núm. 150, Caracas, julio-agosto de 1997, p. 92.

¹²*El Comercio*, Lima, 7 de abril de 1985.

8.10 por mil. En 1966 habían 2,047 presos menores de 18 años, mientras que en 1985 ya se encontraban 10,788 menores detrás de rejas.¹³

Analizando las formas de protesta juvenil, Carlos Iván Degregori llegó a la conclusión de que durante los años 1970-1985 dilatados sectores de jóvenes en la sierra (región montañosa en el centro y sud del Perú) parecían preferir un camino autoritario a la modernidad: se trataba de una generación que ya no vive en el mundo tradicional, pre-industrial y premoderno de los padres y que tampoco pertenece a la sociedad semimoderna de la costa peruana. La inseguridad resultante se aferra a explicaciones simplistas y esquemáticas del atraso (experimentado como traumático), las que a su vez consolidan una estructura caracterológica maniqueísta y dogmática.¹⁴

Estos jóvenes han crecido, por otra parte, en el seno de una tradición cultural autoritaria que es afín al uso relativamente frecuente de la violencia física, y son propensos a aceptar sin mucho trámite un programa político que combina la ideología de la modernización acelerada con pautas totalitarias de comportamiento y con estructuras rígidas y jerárquicas dentro del partido.

2. Anomia, desarraigo y frustraciones colectivas como focos de violencia política

Las transformaciones y los procesos demasiado rápidos de aculturación masiva que ha experimentado el Perú desde aproximadamente 1950 han

¹³ Comisión Especial del Senado sobre las causas de la violencia y alternativas de pacificación en el Perú [bajo la coordinación de Enrique Bernaldes], *Violencia y pacificación*, Lima, DESCO-Comisión Andina de Juristas, 1989, p. 180, 241 sq., 252. Sobre una evaluación global de estos factores tendientes a un potencial de violencia abierta cf. *ibid.*, pp. 207-213. Cf. también Dennis Chávez de Paz, *Juventud y terrorismo. Características sociales de los condenados por terrorismo y otros delitos*, Lima, IEP (Instituto de Estudios Peruanos), 1989, *passim*.

¹⁴ Carlos Iván Degregori, "Sendero Luminoso: el desafío autoritario", en *Nueva Sociedad*, núm. 90, julio-agosto de 1987, p. 29.

conllevado dilatados fenómenos de anomia, dejando —al mismo tiempo— casi incólume la cultura tradicional del autoritarismo.¹⁵ A grandes rasgos se puede distinguir dos tipos de anomia en el caso peruano:

- a) La causada por el desarraigo urbano, y
- b) La originada por la marginalización rural.

a) El proceso acelerado de urbanización, crecimiento y modernización ha sido —sin duda alguna— traumático para amplios sectores poblacionales, pues no ha generado el bienestar material que éstos anhelaban. Esta modernización relativamente fallida, junto con la descomposición del tejido social tradicional, ha engendrado una población fluctuante que no ha podido ser integrada adecuadamente en la estructura formal de la sociedad peruana urbana y que no posee una identidad colectiva sólida. Se trata de serranos (y provincianos en general) afincados en Lima y alrededores, campesinos de origen indígena transplantados al ambiente citadino y mestizos que no son aceptados por un entorno social influido aun hoy decisivamente por los blancos.

Esta población fluctuante tiende a comportamientos anómicos, lo que, a su vez, favorece la predisposición a la violencia política. La frustración permanente, la falta de estructuras sociales y culturales donde refugiarse y la carencia de reglas éticas generalmente aceptadas, crea una especie de vacío moral y social, frente al cual algunas soluciones que pongan en cuestión el *status quo* parecen más o menos plausibles.¹⁶ Movimientos radicales —como las guerrillas— parecen brindar a muchos de estos individuos un sentido existencial y una nueva identidad que encubren su inseguridad.

¹⁵ Cf. Julio Cotler, "Descomposición política y autoritarismo en el Perú", en *Sociedad*, núm. 2, Buenos Aires, mayo de 1993, p. 35 sqq.; Hugo Neira, "Violencia y anomia: reflexiones para intentar comprender", en *Socialismo y Participación*, núm. 37, Lima, marzo de 1987, pp. 1-13

¹⁶ Cf. el interesante ensayo de Henri Favre, "'Desexorcizando' a Sendero", en *Síntesis*, núm. 3, Madrid, septiembre-diciembre de 1987, p. 245 sq.; Catalina Romero, "Violencia y anomia", en *Socialismo y Participación*, núm. 39, septiembre de 1987, p. 76 sqq.

b) Por otra parte, es altamente probable que *Sendero Luminoso* y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) hayan tenido los mayores éxitos de reclutamiento y apoyo en aquellas áreas rurales donde las estructuras sociales premodernas se han descompuesto y donde la reforma agraria (a partir de 1968) no produjo frutos positivos en la proporción esperada, es decir, en aquellas zonas donde se puede constatar un proceso de marginalización rural-provinciana. Las organizaciones guerrilleras pudieron sentar pie allí donde las agencias estatales de desarrollo tienen una presencia particularmente débil, donde el gobierno emerge sólo como factor represivo y donde el nivel de vida no mejoró substancialmente en el curso de largas décadas.

En resumen, se puede aseverar que, en sentido literal, la sociedad peruana ha sufrido una modernización parcial y de baja calidad, un proceso de democratización incompleto y migraciones internas de gran amplitud e intensidad. Estos fenómenos combinados han constituido el mejor caldo de fermento para la anomia colectiva tanto en el campo como en la ciudad y, por consiguiente, para el florecimiento de las formas contemporáneas de violencia política.

Los fenómenos de anomia han ido peculiarmente agudos en la sierra peruana, sobre todo en la región conformada por los departamentos de Ayacucho, Apurímac y Cusco. Como se sabe, Perú es una de las sociedades más heterogéneas de América Latina, tanto en el campo étnico-cultural, como en los terrenos de la historia, las instituciones y hasta la geografía. La región de la costa, con el área metropolitana de Lima, es considerada como mayormente urbana, relativamente modernizada e industrializada, fuertemente influida por la civilización y las pautas normativas de Europa Occidental y Estados Unidos y bajo la preeminencia cultural y política de blancos y mestizos. La zona de la sierra es percibida como básicamente agraria, marcada por valores premodernos y tradiciones rurales y habitada principalmente por indígenas. Todos los indicadores —ingresos, prestaciones médicas, posibilidades educacionales— son desfavorables a la sierra andina. Estos dos grandes segmentos del Perú tuvieron durante siglos fuertes vínculos sólo en la esfera econó-

mica, y estuvieron relativamente aislados uno del otro en el campo político y cultural.

A partir aproximadamente de 1950 ingresaron, sin embargo, a un contacto más directo y personal, a lo que coadyuvaron las grandes migraciones de la sierra hacia la costa. La formación de inmensos barrios marginales alrededor de Lima y otras ciudades de la costa generó una nueva situación, que se ha distinguido, como ya se mencionó, por identidades colectivas precarias, estados de anomia y frustraciones de gran magnitud y, por ende, una potencialidad remarcable de violencia política.¹⁷

Dilatados sectores poblacionales en la sierra, especialmente grupos de origen indígena, se percatan ahora de que durante siglos la sierra ha sido explotada por la costa o que, por lo menos, el trabajo de las comunidades serranas ha servido para bajar los costos generales del nivel de vida peruano mediante la producción de alimentos y materias primas baratas. Todo ello ha engendrado una atmósfera de resentimientos muchas veces irracionales con respecto a la costa y, como era de esperar, un malestar que configura la primera etapa de la predisposición a la violencia. Esta constelación era especialmente aguda en el departamento de Ayacucho, donde se originó *Sendero Luminoso* y donde obtuvo sus triunfos más notables.¹⁸

De decisiva relevancia para la generación de violencia abierta en la sierra y en el seno de comunidades indígenas, ha sido la tendencia a una

¹⁷ Sobre esta temática cf. la obra clásica: José Matos Mar, *op. cit.* (nota 6), *passim*; cf. igualmente: Mario C. Vázquez-Paul L. Doughty, "Cambio y violencia en el Perú rural: problema del indio", en *Socialismo y Participación*, núm. 34, junio de 1986, pp. 115-123; Carlos Iván Degregori, "Mundo andino, movimiento popular e ideología", en Germán Altamirano *et al.*, *Mundo andino y región*, Lima, Universidad de San Marcos 1984, p. 27 sqq.

¹⁸ Sobre Ayacucho y el surgimiento de la violencia abierta, cf. Alvaro Ortiz, David Robinson, "La pobreza en Ayacucho", en *Socialismo y Participación*, núm. 28, diciembre de 1984, pp. 15-33; Máximo Vega-Centeno *et al.*, "Violencia y pobreza: una visión de conjunto", en Felipe MacGregor *et al.* (comps.), *Siete ensayos...*, *op. cit.*, (nota 21), pp. 79-112.

modernización tecnicista en combinación con el mantenimiento de pautas normativas de comportamiento de contenido tradicionalista y autoritario. La reforma agraria del régimen militar reformista (1968-1980) aniquiló a la clase de los terratenientes blancos de talante premoderno y aristocrático de la sierra peruana, pero la repartición de los latifundios entre los campesinos no elevó de ninguna manera el nivel de vida de los mismos, dislocó los circuitos de comercialización de los productos agrarios y contribuyó a la formación de una nueva élite bastante más autoritaria, grosera y explotadora que la anterior, compuesta de dirigentes sindicales, líderes políticos locales e intermediarios comerciales sin escrúpulos de ninguna clase.

La desaparición de los antiguos terratenientes conllevó, ante todo, un vacío de valores de orientación y principios éticos,¹⁹ que fue aprovechado por el MRTA y *Sendero*. El incremento demográfico ya mencionado, que ha sido especialmente fuerte en la sierra, redujo las posibilidades de éxito de la reforma agraria: la tierra expropiada no alcanzó para todos los campesinos, y aun en los casos de dotación aceptable con terrenos agrícolas, las familias con numerosos hijos tuvieron que fraccionar sus posesiones hasta crear minifundios improductivos. Aquí emergió una capa de marginalizados rurales, que inmediatamente entró en conflicto con los pequeños propietarios mejor situados. Estos marginalizados —o descampesinizados—,²⁰ que perdieron contacto con el mercado, la escuela y las pocas prestaciones públicas del Estado, acusaron a los pequeños propietarios de traicionar el principio de la reciprocidad andina; entre ellos obtuvieron *Sendero* y el MRTA apoyo y

¹⁹ Como lo admiten conocidos analistas de tendencia progresista: Felipe MacGregor, Marcial Rubio Correa, "Síntesis sobre la violencia en el Perú y estrategias de pacificación, en *Violencia...*, op. cit. (nota 3), p. 257 sq.; Eduardo Ballón, "Movimientos sociales en la crisis", en Eduardo Ballón (comp.), *Movimientos sociales y crisis: el caso peruano*, Lima, DESCO, 1986, p. 37.

²⁰ El concepto (*de-peasantized stratum*) fue acuñado en una investigación entre tanto clásica sobre el tema: Ronald H. Berg, "Sendero Luminoso and the Peasantry of Andahuaylas", en *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, vol. 28, no. 4, invierno de 1986-1987, p. 168.

partidarios, sobre todo en lo que concierne al reclutamiento de los militantes de base.

3. Elementos ideológicos e identidades sociales

Investigadores que tienden a atribuir a las llamadas clases altas la casi total responsabilidad por el surgimiento de la violencia política conceden que la estructura familiar andino-rural en las capas populares puede ser calificada como particularmente autoritaria y proclive a la violencia de todo tipo; el proverbial machismo y, sobre todo, el régimen irracional e iracundo que impone el pater familias —quien no goza de ninguna autoridad ética ante los hijos— hacen aparecer el ejercicio de la violencia física como la alternativa habitual de solución de conflictos en la esfera política.²¹

Por otra parte, como señaló Enrique Bernales Ballesteros, la ideología maoísta de *Sendero Luminoso* no hizo impacto entre las masas desarraigadas de campesinos serranos a causa de su calidad teórica o su contenido político específico, sino porque reproducía valores de orientación y visiones utópicas de la propia cultura andina. El legado autoritario de ésta, la belicosidad de numerosas comunidades campesinas y el pensamiento milenarista de la civilización aborígen se asemejan a elementos básicos de la ideología senderista.²² La tendencia utópica contiene no sólo un elemento religioso-apocalíptico, sino también el anhelo de una revancha histórica, social y hasta étnica de los aborígenes contra los blancos.²³

²¹ Felipe MacGregor, Marcial Rubio Correa, "La región andina: una visión general", en *Violencia...*, *op. cit.* (nota 3), p. 15.

²² Enrique Bernales Ballesteros, *op. cit.* (nota 10), pp. 68-70 (siguiendo un argumento de Antonio Díaz Martínez, *Ayacucho: hambre y esperanza*, Lima, Mosca Azul, 1985, *passim*).

²³ Sobre esta temática cf. Alain Labrousse, *Le réveil indien en Amérique latine*, Ginebra, Favre/CETIM 1984, pp. 16-27, 89 sqq.; Marie-Danielle Démélas, "Les indigénismes: contours et détours", en *L'indianité au Pérou. Mythe ou réalité*, París, CNRS, 1983, pp. 9-50.

En especial, el MRTA ha acentuado las reivindicaciones étnico-culturales, mientras *Sendero*, sin nombrarlas oficialmente, se ha servido con notable virtuosismo de las diferencias, las discriminaciones y los resentimientos étnicos. Los monstruosos rituales de *Sendero* en las aldeas que lograba ocupar temporalmente en la sierra —castigos corporales públicos para delitos menores, el asesinato lento y cruel de los traidores, la ridiculización de las autoridades locales y los comerciantes, azotes para los adúlteros y los lascivos— remiten a prácticas prehispánicas de la sociedad incaica y de otras comunidades aborígenes, renovadas por los intelectuales urbanos de la corriente indianista. Estas costumbres atávicas están ligadas a una religiosidad que acentúa los aspectos apocalípticos y mesiánicos y que cree en la fuerza purificadora de la guerra total. Estas formas de religiosidad, en versiones secularizadas superficialmente, han constituido importantes fragmentos de la práctica cotidiana de *Sendero*. La violencia política es justificada, por ejemplo, mediante el argumento de que se acerca el fin inminente de los tiempos históricos, es decir, de la era de las expoliaciones, y su transformación en la “gran armonía eterna”.²⁴

Aparte de este factor hay que mencionar en lugar destacado el “problema no resuelto” de la identidad nacional y de la difícil convivencia de varias etnias en un mismo territorio como una de las causas fundamentales de la especie de guerra civil que ensangrentó al Perú durante largos años.²⁵ Lo que puede llamarse la identidad colectiva de esta nación pre-

²⁴ La concepción de la justicia en cuanto castigo efectivo de los pecadores tiene reminiscencias mesopotámicas y bíblicas (“ojo por ojo”); los juicios populares de *Sendero Luminoso* que terminaban en la pena de muerte (obligatoria) contra los traidores prescribían además la separación de cabeza y cuerpo al enterrar al condenado, para que estas partes no se volvieran a juntar en toda la eternidad. Estos y otros detalles de la vida cotidiana de esta organización se hallan en la historia más o menos oficial de la misma: Rogger Mercado, *El Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso*, Lima, s. e. 1986 (3a. edición), p. 23. Cf. la crítica de Carlos Iván Degregori, *Sendero...*, *op. cit.* (nota 14), p. 30 (la ideología de este movimiento en cuanto fundamentalismo político-religioso).

²⁵ Enrique Bernal Ballesteros, *Cultura, identidad y violencia...*, *op. cit.* (nota 10), p. 39. Este largo ensayo constituye una inteligente sinopsis histórica de la cuestión

senta una carencia marcada de integración social, una cierta incomunicación entre los diversos actores étnico-culturales y una clara resistencia a aceptar una genuina pluralidad en igualdad de condiciones para todos los habitantes del país. Hasta hoy el Perú no ha edificado una cultura común y un sentimiento de solidaridad y continuidad compartidos, en lo esencial, por todos los grupos étnico-sociales. Las etnias indígenas representan los sectores en desventaja dentro de un marco socio-cultural que tiende a discriminar a los elementos de origen rural y premoderno. Las barreras profundas entre mestizos e indios, entre costeños y serranos, no son, ciertamente, la causa inmediata de la lucha armada, pero han coadyuvado a conformar un entorno proclive a las relaciones violentas entre estos grupos y desfavorable a la solución pacífica de conflictos.

Hay que señalar otros factores que pueden transformar el potencial de violencia implícita en el prolegómeno de una guerra abierta, como el bajo grado de organización de la sociedad civil, las formas clientelísticas y patrimonialistas del ejercicio del poder, el comportamiento predominantemente represivo del aparato estatal, una administración pública incapaz de brindar servicios básicos a la población y una policía ineficaz, altamente militarizada y corrupta.²⁶

4. Estructuras estatales y ejército como actores del drama de la violencia

Cuando se inició la guerra de guerrillas, el Estado peruano no ejercía un control efectivo y completo de su propio territorio: tenía presencia per-

indígena en el Perú. Sobre la compleja relación entre violencia política e identidad indígena cf. la obra indispensable: Juan Ansión, *Desde el rincón de los muertos. El pensamiento mítico en Ayacucho*, Lima, GREDES, 1987; también es interesante el libro de uno de los líderes guerrilleros: Efraín Morote Best, *Aldeas sumergidas. Cultura popular y sociedad en los Andes*, Cusco, Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas, 1988.

²⁶ Sobre esta temática cf. Marcial Rubio Correa, "Estado y violencia en el Perú", en *Violencia...*, op. cit. (nota 3), pp. 109-160.

manente sólo en los espacios más poblados y estratégicamente más relevantes, dejando una porción importante del país de modo tácito en manos de agentes privados, como ser antaño los grandes terratenientes. Y cuando el Estado aparecía realmente en escena, lo hacía a menudo de forma represiva, y no como un agente de desarrollo y asistencia social.

Aun hoy no es muy diferente la situación de los partidos políticos, independientemente de su ideología específica: son organismos oligárquicos, centralizados, clientelistas, con intereses y actividades dirigidas primordialmente a la población urbana y costeña. Una buena parte de la población peruana, sobre todo los llamados sectores emergentes del proceso de modernización, no se ha sentido representada por el sistema tradicional de partidos. No hay duda de que estos factores estatal-administrativos y cultural-políticos han contribuido a fomentar una atmósfera de desencanto con respecto a todas las organizaciones estatales, incluidos los partidos políticos convencionales, e indirectamente a abonar una fe incipiente en movimientos socialistas radicales que prometían la destrucción del "sistema" y la instauración de un mundo totalmente nuevo. En sus primeros años *Sendero Luminoso* y posteriormente el MRTA aprovecharon ese ambiente de desengaño con respecto al Estado y la sociedad.

Uno de los grandes actores de la guerra civil ha sido el ejército peruano. Las Fuerzas Armadas ensayaron largamente (1968-1980) un régimen modernizante y anti-oligárquico de reformismo social que se inició con la estatización de empresas petroleras norteamericanas y con una reforma agraria bastante radical, pero que degeneró rápidamente en un gobierno autoritario, corrupto e ineficiente.²⁷ Restablecida la democracia civil a partir de 1984, y ante la impotencia de la policía, las Fuerzas Armadas tomaron paulatinamente a su cargo la conducción de la guerra contra el MRTA y *Sendero*; en esta etapa y hasta los éxitos de 1992, el ejército se destacó también por sus continuas transgresiones

²⁷ Cf. Cynthia MacClintock, Abraham F. Lowenthal (comps.), *The Peruvian Experiment Reconsidered*, Princeton, Princeton U. P. 1983; E. V. K. Fitzgerald, *State and Economic Development in Peru since 1968*, Cambridge, Cambridge U. P., 1976.

de los derechos humanos y por un tratamiento violento e irracional de la población civil no involucrada en la guerra. La expansión de la justicia militar fue particularmente funesta: los tribunales militares —sin posibilidades de apelación— se distinguieron por la aplicación de la tortura, el fusilamiento sumario de sospechosos por detenciones prolongadas indebidas, la expropiación ilegal de los bienes de los presos y por la abierta discriminación de la población indígena y campesina. Entre 1984 y 1990 se dieron innumerables casos en que el ejército no diferenció entre el enemigo armado y la población civil rural en las zonas de batalla; los éxitos que entonces conocieron *Sendero* y el MRTA se debieron en gran parte a que la población campesina de la sierra central se sintió realmente afectada por la violencia indiscriminada de las Fuerzas Armadas.

El propio presidente de la República, Alan García (1985-1990, de tendencia social-demócrata), admitió que se estaba combatiendo “la barbarie con la barbarie”.²⁸ Es sintomático, por ejemplo, cómo las Fuerzas Armadas trataron el “incidente” de Accomarca (en la sierra central) del 14 de agosto de 1985. Una unidad especial del ejército asesinó a sangre fría a setenta campesinos elegidos al azar en esta aldea, que nunca había brindado protección o ayuda a los senderistas. Las Fuerzas Armadas y su Comando General negaron largo tiempo la mera existencia de la masacre; después le restaron importancia. Una comisión parlamentaria investigó los hechos *in situ*, y el ejército acusó al parlamento de “oportunismo”. Ante la prensa, el oficial encargado de la operación admitió la matanza, pero declaró que había realizado un “buen trabajo profesional” y no exhibió arrepentimiento por la muerte de numerosas mujeres y niños. Todos los intentos de someterlo a un tribunal civil fueron inútiles; el oficial fue ascendido rápidamente dentro del escalafón militar.²⁹

²⁸ Citado en Diego García-Sayán, “Perú: Estado de excepción y régimen jurídico”, en *Síntesis*, núm. 3, septiembre-diciembre de 1987, p. 287. Sobre la violencia que dimana de las agencias del Estado cf. Diego García-Sayán (comp.), *Democracia y violencia en el Perú*, Lima, CEPEI, 1988; Carlos Iván Degregori, Carlos Rivera, *Fuerzas Armadas, subversión y democracia 1980-1993*, Lima, IEP, 1995; Philip Mauceri, *Militares: insurgencia y democratización en el Perú 1980-1988*, Lima, IEP, 1990.

²⁹ “Con admiración y sin horror”, en *Quehacer*, núm. 37, Lima, octubre-noviembre

La actuación de los movimientos guerrilleros, que superaron en mucho la brutalidad, la ilegalidad y la imprevisibilidad de las Fuerzas Armadas, ha generado paradójicamente una corriente de opinión pública que hizo ver en una luz más positiva el rol del ejército y que contribuyó a borrar de la memoria colectiva las atrocidades cometidas por las fuerzas del orden. Posteriormente el clamor popular en favor de un gobierno fuerte que ponga fin al terrorismo irracional del MRTA y de *Sendero* contribuyó a la reintroducción de un gobierno semi-autoritario en abril de 1992: el presidente Alberto Fujimori, en conjunción con las Fuerzas Armadas, instituyó un régimen altamente centralizado y personalizado, que culminó con un retorno de los militares al poder político, la descomposición del sistema tradicional de partidos y una cierta restricción de los derechos humanos. Esto significó, por otra parte, justificar *a posteriori* toda la actuación de las Fuerzas Armadas en la represión de la guerrilla, incluidos los actos claramente ilegales, y brindar así un manto de cómoda impunidad al quehacer del ejército.

Finalmente es pertinente recordar que en el Perú la administración estatal, los partidos políticos, el ejército y la policía representan fenómenos mayoritariamente urbanos y controlados —o, por lo menos, altamente influidos— por los grupos étnico-culturales de blancos y mestizos; si bien los reclutas del ejército y los funcionarios administrativos y policiales de menor rango provienen de capas indígenas, son los oficiales y altos dignatarios blancos y mestizos los que definen los valores de orientación y las normas efectivas de comportamiento de aquellas instituciones. Por ello estos actores del drama de la violencia han sido percibidos hasta hace poco como básicamente ajenos al mundo campesino y rural, ya que sus fuentes de reclutamiento y sus normativas se derivan del Perú moderno de la costa.

de 1985, p. 60; *America's Watch, Derechos humanos en el Perú*, Lima, Comisión Andina de Juristas, 1986, pp. 19-22.

5. Los movimientos guerrilleros en cuanto actores de la violencia

No existen todavía investigaciones confiables acerca de varios aspectos importantes de los movimientos guerrilleros, como su estructuración y jerarquías internas, sus fuentes y métodos de reclutamiento de militantes y sus valores normativos para las prácticas cotidianas.³⁰ *Sendero Luminoso* y el MRTA han creado ciertamente una subcultura en sus áreas de influencia, que probablemente está mucho más cerca de la tradicional cultura política del autoritarismo que de las orientaciones de la modernidad.

Con alguna seguridad se puede afirmar que tanto en *Sendero* como en el MRTA se halla subrepresentado —y en forma marcadamente notoria— el sector social de los asalariados dependientes, en especial el clásico proletariado de fábrica urbana o de empresa minera. También el campesino propietario de pequeñas parcelas se encuentra entre aquéllos que no fueron atraídos ni por la propaganda ni por la praxis de estas instituciones revolucionarias. Las clases sociales para las cuales había que llevar a cabo la revolución socialista e instaurar un régimen radical fueron aquéllas que prestaron la menor cooperación posible a las organizaciones revolucionarias, lo que ha sido patéticamente visible en el caso del proletariado urbano. Los sindicatos se hallan entre las instituciones sociales del Perú donde la influencia del MRTA y de *Sendero* fue prácticamente nula.

Los marginalizados y desclasados de todo tipo han conformado la masa de simpatizantes y miembros de estos movimientos: los expulsados de las capas medias han constituido los cuadros directivos y medios de *Sendero* y del MRTA, y los marginalizados de las clases populares han configurado la masa de los luchadores y creyentes. Como señaló el más

³⁰ Se trata de aspectos estudiados en las sociedades altamente industrializadas. Cf. el interesante ensayo de Fernando Reinares, "Sociología política de la militancia en organizaciones terroristas", en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 98, Madrid, nueva época, octubre-diciembre de 1997, pp. 85-114 (y la amplia literatura allí citada).

distinguido investigador peruano sobre *Sendero Luminoso*, los núcleos iniciales de este movimiento —que luego se transformaron en los cuadros dirigentes— estaban compuestos por “una élite intelectual provinciana mestiza y una juventud universitaria también provinciana, andina y mestiza”.³¹ No hay duda de que *Sendero* y el MRTA pueden ser considerados como el lugar de encuentro y coincidencia de intelectuales desclasados, maestros de escuela, profesores universitarios y algunos profesionales, por una parte, así como mestizos e indígenas no integrados en sus sectores sociales de origen, por otra.³² La dirigencia y la masa de los combatientes provienen, en realidad, de dos mundos diferentes, tanto social como culturalmente. Por ello es que los dirigentes suponen *a priori* que tienen un derecho histórico superior para mandar, mientras que los militantes “simples” son como soldados que pueden ser manipulados fácilmente.³³

Los cuadros de estos movimientos, en general extremadamente jóvenes —y con la seguridad y arrogancia que el mundo actual confiere a los jóvenes—, no han podido o no han querido hacer una carrera lenta y trabajosa en el seno de instituciones, o sometándose a las incertidumbres del mercado, o adquiriendo méritos profesionales mediante una larga escolaridad. Los cuadros dirigentes de *Sendero* provienen de una “élite universitaria provincial”,³⁴ socialmente desarraigada y

³¹ Carlos Iván Degregori, *Qué difícil es ser Dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso*, Lima, Zorro de Abajo, 1990, p. 7.

³² Timothy Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton, Princeton U. P., 1992, pp. 23-28.

³³ El hecho de que la dirigencia y la masa de militantes provienen social y culturalmente de dos mundos diferentes ha sido callado discretamente por los propios movimientos guerrilleros y por sus propagandistas y defensores. Sobre esta temática cf. Eugenio Chang-Rodríguez, “Sendero Luminoso. Teoría y praxis”, en *Nueva Sociedad*, núm. 89, mayo-junio de 1987, p. 153; “Testimonio de un senderista”, en *Debate*, Lima, vol. VII, núm. 33, julio de 1985, pp. 36-39; Raúl González, “Sendero: cinco años después de Belaúnde”, en *Quehacer*, núm. 36, agosto-septiembre de 1985, p. 38.

³⁴ Carlos Iván Degregori, “Sendero Luminoso: los hondos y mortales desencuentros. Lucha armada y utopía autoritaria”, en *Síntesis*, núm. 3, Madrid, septiembre-

en búsqueda de una explicación simple y absoluta de la historia universal. En el plano intelectual, así como en el comportamiento cotidiano, esta organización —como también el MRTA— ha reproducido el talante dogmático y patriarcal, las tradiciones anti-individualistas y pro-colectivistas y las estructuras jerárquicas y piramidales que prevalecen en el orden social capitalista. El mini-universo de los movimientos guerrilleros adoptó rasgos fundamentales del odiado mundo que combatió: notables privilegios para la jefatura (entre ellos una ética sexual laxa muy diferente de la moral puritana prescrita para los militantes comunes y corrientes), disciplina severísima para los subordinados, incluyendo castigos extremadamente duros para los contraventores (muy a menudo penas de muerte para los más diversos “delitos”), jerarquías de mando y obediencia convencionales y una visión del mundo basada en un catecismo elemental y asfixiante. En varios aspectos *Sendero Luminoso* y el MRTA se asemejan sintomáticamente al ejército regular: sancionan severamente las deslealtades, acorralan al espíritu crítico, controlan estrechamente a los reclutas en todo ámbito de la vida cotidiana y se aprovechan de sus debilidades y temores. El machismo³⁵ y otras variantes del autoritarismo tradicional son preservadas cuidadosamente por estas organizaciones.

La militancia en estas organizaciones revolucionarias ha representado un canal de rápido ascenso social, sobre todo un acceso al difícil y muy codiciado poder político, aunque sea a una porción aleatoria y riesgosa del mismo. En el fondo, los dirigentes anhelan sólo *pecunia, potestas, praestigium*, como la mayoría de los revolucionarios salidos de las clases medias a lo largo de toda la historia universal. Su mayor capital de destrezas reside en una envidiable habilidad para manipular sím-

diciembre de 1987, p. 201; David Scott Palmer, “Rebellion in Rural Peru: The Origins and Evolution of Sendero Luminoso”, en *Comparative Politics*, vol. 18, núm. 2, 1986, pp. 127-146.

³⁵ Cf. la obra exhaustiva: Robin Kirk, *Grabado en piedra: las mujeres de Sendero Luminoso*, Lima, IEP, 1993, *passim*. Fernando Reinares, *op. cit.* [nota 30], p. 89, señaló que el terrorismo es una actividad básicamente masculina: los miembros de estas organizaciones son predominantemente varones, solteros y jóvenes.

bolos e ideologías y para utilizar a las masas populares como meros mecanismos desechables con el fin de alcanzar el ascenso social rápido.³⁶ La historia de los movimientos guerrilleros es también una crónica demasiado humana de divisiones y escisiones irracionales, sobre todo por cuotas de poder y diferencias personales, como es patente en el MRTA, siempre tan adicto a la publicidad de todos sus actos.³⁷

6. Evolución de las organizaciones guerrilleras

Sendero Luminoso proviene de una escisión del Partido Comunista del Perú (de tendencia pro-China), y más precisamente del grupo afín a la línea extremista dirigida por la famosa Banda de los Cuatro, a la cual Abimael Guzmán, el fundador, líder e inspirador, tributó siempre admiración y respeto. Posteriormente Guzmán y sus seguidores combatieron tenazmente a los comunistas chinos reformistas (y sus seguidores peruanos) que trataron de combinar socialismo con economía de libre mercado. La ideología y mentalidad imperantes en *Sendero* constituyen una curiosa amalgama de autoritarismo tradicional latinoamericano con fragmentos de la llamada “Gran Revolución Cultural Proletaria” de China.

Los elementos teóricos en la programática de *Sendero* y del MRTA son extraordinariamente débiles, imprecisos y escasos; lo que llama la atención es el tono patético y melodramático de sus proclamas y el estilo didáctico de sus pocas publicaciones (imitando a los catecismos de uso popular). Uno de sus rasgos centrales de *Sendero* ha sido un culto excesivo a la personalidad del caudillo máximo, que sobrepasa potencialmente lo sucedido con Mao Tze-Dong: Abimael Guzmán, el “Presidente

³⁶ Posibilidad vislumbrada tempranamente por Gérard Chaliand, *Mythes révolutionnaires du tiers monde. Guérillas et socialismes*, París, Seuil, 1979, *passim*.

³⁷ Miguel Silvestre, “‘Vamos a matar a Polay’. Excepcional encuentro con un comando subversivo que decidió liquidar al jefe del MRTA”, en *Sí. Revista de Actualidad*, vol. 5, núm. 259, Lima, 10-16 de febrero de 1992, pp. 28-31; “Resurrección: historia secreta de la deserción de Andrés Mendoza ‘El Grillo’”, en *Sí*, vol. 6, núm. 343, Lima, 27 de septiembre al 4 de octubre de 1993, pp. 34-39.

Gonzalo”, ha sido celebrado como el más grande marxista leninista maoísta viviente y como “jefe de la revolución mundial” [*sic*]; su pensamiento es visto como “la más alta expresión de la materia consciente, producto de sus quince mil millones de años de desarrollo” [*sic*]. Sólo él puede aprehender las grandes leyes de la historia y aplicarlas a la realidad concreta.³⁸

La meta de *Sendero* es la “sociedad de la gran armonía”, aunque para alcanzarla habría que pasar por las pruebas de fuego y los valles de lágrimas de clara factura apocalíptica. Las “luchas internas” en el seno de la propia organización son indispensables, producto de una necesidad histórica ineluctable, como las derrotas ocasionales; los perdedores en los conflictos internos deben ser “acuchillados” sin conmiseración y juegan, en realidad, el papel de chivos expiatorios para legitimizar los frecuentes reveses. Hasta 1992 los jóvenes adeptos tenían que firmar “cartas de sujeción” al “Presidente Gonzalo”, obligándose a llevar a la práctica las directivas emanadas en la jefatura sin discusión y con “disciplina, voluntad y entrega”, y estar dispuestos a “arrasar, aniquilar y barrer” a todo opositor, dentro y fuera del partido.

A las bases se les adoctrinó en el espíritu de la obediencia ciega a los líderes, del sacrificio más duro y loable en pro de los objetivos del partido y del menosprecio a la muerte. Todo esto ocurrió, empero, dentro de una visión claramente elitista de lo social: el principio rector era “ganar las cabezas”, porque así las masas “actuarán conforme a lo que les imprimamos”.³⁹ No hay duda de que *Sendero Luminoso* ha representado en América Latina el ejemplo más patético y prolongado del procedimiento conocido como “lavado cerebral”, el cual fue facilitado por las tradiciones autoritarias y anti-individualistas provenientes de las heren-

³⁸ Rogger Mercado, *Algo más sobre Sendero*, Lima, Ediciones de Cultura Popular 1987, vol. I, pp. 14-17 (Mercado es considerado como el propagandista oficial de *Sendero Luminoso*).

³⁹ Testimonios y expresiones en: Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso, *Informe presentado por el Departamento Central al Comité Regional Principal y Comité Regional del Centro*, Lima [?], s. e., 1984, p. 43; PCP-SL, *Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial*, Lima, s. e., 1986, p. 20.

cias incaica e hispano-católica: en esta “subsociedad cerrada e impermeable a las influencias externas”, como la calificó en 1997 Julio Cotler,⁴⁰ los adeptos y simpatizantes encontraron nuevos lazos de dependencia que reemplazaron cómodamente sus viejas certezas absolutas.

Por otra parte, Sendero —y en proporción más reducida el MRTA— hizo siempre gala de un dogmatismo inmune a toda prudencia pragmática. La juventud de los mandos senderistas y su olímpico desprecio por las tradiciones y estructuras rurales y, sobre todo, su rechazo de cualquier manifestación de sentimientos y piedad filial, enfadaron a una sociedad campesina inmersa aún en el respeto a los mayores y a las jerarquías típicas (conformadas casi siempre de acuerdo a viejos códigos protodemocráticos) de las comunidades indígenas. Los partidarios de *Sendero* y del MRTA en las aldeas se aprovecharon de sus nexos con el nuevo poder armado para ajustar viejas cuentas y rencillas personales. No se han comportado, en el fondo, de manera diferente a los informantes de las Fuerzas Armadas.

Sin lugar a dudas, se puede aseverar que *Sendero Luminoso* se ha destacado por una enorme cantidad de actos de extrema violencia, inútil e irracional, como la matanza indiscriminada de campesinos en aldeas y comarcas “inseguras”, atentados contra casi todos los grupos sociales y partidos políticos, destrucción de propiedad privada y estatal, el asesinato de niños pequeños y mujeres no involucradas en ningún conflicto.⁴¹ Con particular saña, *Sendero* se dedicó durante largos años a asesinar a modestos dirigentes campesinos, a trabajadores sociales y dirigentes de barriadas pobres de las ciudades costeras, que se negaban a seguir ciegamente sus órdenes. Esta política de destrucción masiva de bienes públicos, matanzas indiscriminadas y terrorismo cotidiano, no condujo a una mayor aceptación y popularidad de esta organización, sino que motivó el

⁴⁰ Julio Cotler, *El Sendero...*, *op. cit.* (nota 11), p. 93. Sobre esta temática cf. Manuel Jesús Granados, “El PCP-Sendero Luminoso: aproximaciones a su ideología”, en *Socialismo y Participación*, núm. 37, marzo de 1987.

⁴¹ Cf. por ejemplo: “Genocidio senderista”, en *Sí*, vol. 6, núm. 335, Lima, 2-8 de agosto de 1993, pp. 32-35.

rechazo de *Sendero* de parte de los sectores más pobres y humildes de la población peruana y, al mismo tiempo, dio “lugar a una demanda universal en favor de la restauración de la autoridad [...] a cualquier precio”.⁴²

La evolución del MRTA, su estructuración interna y algunos lineamientos ideológicos (el objetivo supremo de un socialismo radical) son similares a *Sendero*; el MRTA empezó a operar en 1984 y se ha diferenciado por su anhelo de publicidad a toda costa, por su programática más diluida y por un intento de acercarse a partidos e instituciones de izquierda. Nunca llegó —sin embargo— a tener el potencial militar, el poder de intimidación y la importancia política de *Sendero* a nivel nacional.⁴³

7. El decurso de los conflictos y el rol de las rondas campesinas

En 1965, en la época del auge de las tesis foquistas de Ernesto Che Guevara, surgieron en el Perú dos movimientos guerrilleros que tuvieron corta duración y casi ninguna influencia sobre la evolución posterior de la violencia política. El Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) fueron rápidamente derrotados a costos sociales muy bajos. El ELN, conformado casi exclusivamente por universitarios e intelectuales urbanos, tenía una ideología y una estrategia ortodoxamente castristas: trataron de reproducir en la ceja de selva de Ayacucho la experiencia de Sierra Maestra, pero fueron sorprendidos y aniquilados por el ejército antes de que realmente empezaran actividades dignas de mención. El MIR tuvo una etapa preparatoria bastante amplia y trató de crear un apoyo masivo en el campo y las ciudades; provenía de una escisión del partido populista más importante

⁴² Julio Cotler, *op. cit.* (nota 11), p. 90.

⁴³ Sobre el MRTA cf. la obra más informativa: Yehude Simón Munaro, *Estado y guerrillas en el Perú de los ochenta*, Lima, AIEPS, 1988.

del país, el APRA Rebelde. Su ideología "marxista-leninista" le predisponía a acercarse a sectores sociales más amplios, incluyendo sindicatos urbanos, movimientos campesinos y partidos de izquierda. Bajo la dirección de *Luis de la Puente Uceda*, cuyas destrezas técnico-militares no fueron justamente brillantes, realizó algunas acciones bélicas en los departamentos de Junín y Cusco, pero los grupos guerrilleros fueron rodeados y destruidos rápidamente por las Fuerzas Armadas, antes de que logran iniciar la fase de la "propaganda armada". Su relevancia reside en haber introducido una cuña en los partidos socialistas de izquierda, especialmente en el comunista, contraponiendo una "auténtica praxis revolucionaria" al reformismo imperante en las jefaturas de los partidos. Estas tendencias radicales lograron generalmente ocasionar divisiones importantes en el seno de los partidos comunistas promoscovita y pro-chino; no hay duda de que dirigentes de *Sendero* y del MRTA han pertenecido a círculos próximos a los restos del MIR.⁴⁴

Sendero Luminoso empezó sus operaciones el 17 de mayo de 1980, en el momento en que se celebraban elecciones presidenciales y parlamentarias libres, que daban fin a doce años de dictadura militar, quedando precisamente material electoral en un pequeño pueblo de la sierra andina.⁴⁵ Este comienzo no fue el símbolo de una lucha proletaria contra una tiranía antipopular, sino la expresión de repulsa de todo sistema democrático pluralista y un retorno, bajo barniz socialista, de la tradición autoritaria de antaño. Se reproducía así una constante del movimiento guerrillero latinoamericano: la guerrilla revolucionaria no constituía la última posibilidad de liberación de una sociedad maniatada

⁴⁴ Sobre esta temática cf. Héctor Béjar, *Las guerrillas de 1965: balance y perspectiva*, Lima, PEISA, 1973; Hugo Blanco, *Tierra o muerte: las luchas campesinas en el Perú*, México, Siglo XXI, 1974; Hugo Neira, *Los Andes: tierras o muerte*, Madrid, ZYX, 1968.

⁴⁵ Sobre los orígenes de *Sendero* cf. la bien documentada obra de Carlos Iván Degregori, *El surgimiento de Sendero Luminoso, Ayacucho 1969-1979. Del movimiento por la gratuidad de la enseñanza al inicio de la lucha armada*, Lima, IEP, 1990; cf. también los análisis globales: Simon Strong, *Sendero Luminoso. El movimiento subversivo más letal del mundo*, Lima, Peru Reporting 1992; David Scott Palmer (comp.), *Shining Path of Peru*, Londres, Hurst, 1992.

por poderes oscuros y retrógrados, sino una decisión subjetiva de una élite de iluminados que hacían caso omiso del contexto histórico y político concreto.

En los primeros años de actuación, la guerrilla no fue tomada seriamente por el presidente *Fernando Belaúnde Terry* (1980-1985), quien además no quería conceder poderes especiales a un ejército que trabajosamente acababa de dejar el poder supremo. La contra-ofensiva militar de los años 1980-1989 fue errática, innecesariamente dura, mal planificada y peor ejecutada.⁴⁶ El viraje se produjo en 1989: el parlamento confirmó al Poder Ejecutivo poderes especiales para combatir a los insurgentes, se reorganizó y potenció la Dirección Nacional contra el Terrorismo (DINCOTE) —a la que se debe la captura de Abimael Guzmán—, se conformaron los Grupos Especiales de Inteligencia (GEIN), el gobierno ordenó a las Fuerzas Armadas el evitar los abusos más groseros contra la población civil y se otorgó un apoyo resuelto a la autodefensa armada del campesinado.

Esta última determinación estratégica fue probablemente la que decidió el curso de la guerra. Ya a partir de 1985 se habían organizado espontáneamente comités de auto-ayuda armada en las regiones campesinas más afectadas por las actividades de *Sendero*. Su primer objetivo fue vigilar y defender la propiedad campesina, especialmente el ganado, ya que el Estado y sus agentes de orden público tenían (y tienen) una presencia muy precaria en las comarcas rurales de la sierra andina, agravado este hecho por la ineficacia y corrupción del aparato judicial y por la colusión de las autoridades policiales con los autores de los delitos de robo y abigeato.⁴⁷ La popularidad de las rondas se consolidó en desme-

⁴⁶ Acerca de la estrategia y las operaciones militares del ejército peruano cf. la obra muy instructiva de Carlos Tapia, *Las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso. Dos estrategias y un final*, Lima, IEP, 1997, pp. 27-69 (con abundante material bibliográfico procedente de fuentes oficiales peruanas).

⁴⁷ Cf. el excelente trabajo (basado en materiales empíricos) de Alonso Zarzar, "Las rondas campesinas de Cajamarca: ¿de la autodefensa al autogobierno?", en Luis Pásara et al., *op. cit.* (nota 6), p. 109; Orin Starn (comp.), *Hablan los ronderos. La búsqueda por la paz en Los Andes*, Lima, IEP, 1993.

dro de *Sendero* y del MRTA cuando en la mayoría de las comarcas andinas

a) Estos movimientos guerrilleros decidieron destruir las redes ancestrales de parentesco y compadraje;

b) Cuando los campesinos percibieron que la política de tributos de guerra para estas organizaciones ocasionaba un marcado descenso en sus ya magros ingresos, y

c) Cuando *Sendero* pretendió prohibir ferias y mercados agrícolas con el argumento de que ésta era una práctica capitalista que, además, servía para alimentar a los parásitos burgueses de las ciudades. Las zonas más pobres del Perú han sido también aquellas regiones donde las antiguas tradiciones y usanzas estaban más arraigadas, y la destrucción de éstas sólo redundó en el cese de todo apoyo serio a *Sendero* y al MRTA.

Posteriormente estas rondas campesinas fueron entrenadas, armadas e inculcadas por las Fuerzas Armadas, aunque no hay duda de que han conservado una fuerte autonomía de acción y un claro carácter rural-indígena.⁴⁸ Su desconfianza hacia el Poder Judicial y los partidos políticos sigue incólume. Uno de los mayores logros de las rondas fue terminar con la atmósfera de miedo paralizante que envolvió la sierra alta a partir de 1982 (sobre todo en los departamentos de Ayacucho, Apurímac y Cusco) a causa del terror indiscriminado de *Sendero*. Las rondas acentuaron y protegieron, por otra parte, algunos elementos esenciales de la vida campesina, que *Sendero* y el MRTA —a causa de su delirante dogmatismo— habían pasado por alto:

⁴⁸ Por otra parte, hay que mencionar que las rondas campesinas han reproducido algunos aspectos clásicos de la cultura política del autoritarismo: castigos corporales ancestrales por faltas relativamente leves, vigencia de antiguas jerarquías de prestigio y dominación, penalización de comportamientos (y hasta opiniones) divergentes, colectivismo convencional y apología del *status quo* socio-político del momento. Cf. los testimonios de primera mano sobre esta actitud en los documentos oficiales de las rondas, reproducidos en: Alonso Zarzar, *op. cit.* (nota 47), pp. 117, 141, 151.

1. La defensa de la pequeña propiedad campesina: ya no había latifundios que repartir ni terratenientes que combatir, como los revolucionarios pensaban equivocadamente, sino reducidas parcelas de tierra de posesión privada, a las cuales los campesinos están ligados tanto económica como emotivamente.

2. La práctica de una religiosidad sincretista, ciertamente llena de supersticiones, pero importante en la vida cotidiana de la gente rural, cosa que los ateos profesionales de las organizaciones revolucionarias jamás pudieron comprender (y ni siquiera tolerar).

3. Los nexos con un aparato estatal corrupto, explotador e ineficaz, pero que prestaba (y presta) ciertos servicios, tales como caminos, escuelas y postas sanitarias, factores a los cuales los campesinos no querían ni quieren renunciar, a pesar de su dudosa calidad. En este último sentido los movimientos revolucionarios no tenían nada concreto que ofrecer. Las Fuerzas Armadas emergieron a mediano y largo plazo como el mal menor.

La mayoría de los analistas está de acuerdo en atribuir a las rondas campesinas una función decisiva en la derrota —por lo menos parcial y temporal, pero percibida claramente como tal por los campesinos— de *Sendero Luminoso* y del MRTA. Evitaron las expoliaciones de *Sendero* en lo referente a tributos materiales y la leva de conscriptos jóvenes, pero, sobre todo, impidieron las sangrientas incursiones sorpresivas de esta organización en las aldeas y sus ajusticiamientos sangrientos, que tenían por efecto paralizar a la población por el terror, evitar toda denuncia a las autoridades y lograr una cooperación coercitiva. Ya antes de la captura de Abimael Guzmán (1992), las rondas habían debilitado decisivamente a *Sendero* precisamente en Ayacucho, aislándolo de otras posibles áreas y poblaciones vulnerables y reduciendo el miedo que irradiaba su sola presencia fugaz. *Sendero* se tuvo que constreñir a una campaña de usura y simple exacción de tributos, lo que le mermó la poca popularidad de que aún gozaba entre los campesinos marginales. Simultáneamente esta organización quedó restringida a una franja territorial situada entre Ayacucho y Junín, lo cual le impidió la movilidad y versatilidad de

años anteriores y contribuyó casi seguramente a dejar expuesta la dirección nacional en Lima y facilitó, aunque indirectamente, la captura de su gran líder.⁴⁹ Las rondas campesinas han usado una sutil combinación de astucia y paciencia para sobreponerse a un enemigo peligroso dentro de una alianza pragmática con las Fuerzas Armadas, y han sabido plegarse a las peculiaridades locales y regionales para quitarle ventajas a *Sendero Luminoso*.

8. La terminación del periodo activo de la guerra

La violencia por la violencia constituyó el rasgo definitorio más relevante de *Sendero* y en menor escala del MRTA, aun más que su proyecto político y cultural de corte autoritario; pero esta concepción conllevó la ruina posterior de ambos movimientos guerrilleros. Se trató ciertamente de una concepción apocalíptica que intentaba purificar radicalmente y a sangre y fuego el mal, encarnado en cualquier régimen presocialista. Como faltaban los grandes objetivos a ser aniquilados según la ideología maoísta (los grandes terratenientes, por ejemplo), *Sendero* se consagró a eliminar indiscriminadamente a pequeños objetivos porque, de todas maneras, era indispensable una “cuota y un baño de sangre” para asegurar el triunfo de la revolución. Sendero estaba “condenado a triunfar”.⁵⁰

Pero la realidad resultó muy diferente: la amoralidad de esta organización —su desprecio total por la dialéctica de fines y medios— fue

⁴⁹ Cf. el brillante ensayo de Carlos Iván Degregori, “Cosechando tempestades: las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho”, en Degregori *et al.*, *Las rondas campesinas y la derrotas de Sendero Luminoso*, Lima, IEP, 1996, pp. 189-225; cf. también José Coronel, “Violencia política y respuestas campesinas en Huanta”, en *ibid.*, pp. 29-116.

⁵⁰ “Testimonios de la ideología senderista y una plausible crítica de esta mixtura de ideología política y fundamentalismo apocalíptico”, en Carlos Iván Degregori, *Cosechando...*, *op. cit.* (nota 49), pp. 198-200, 215; Gustavo Gorriti, *Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú*, Lima, Apoyo 1990, cap. VIII y X.

chocante para la mayoría de la población peruana, que a partir aproximadamente de 1988 rechazó sus prácticas e indirectamente sus objetivos. Con respecto a ambas organizaciones guerrilleras se puede aseverar que no valió la pena la aplicación generosa de la violencia ni menos la exculpación del terror en nombre de una pretendida razón histórica. La población percibió que cada vez se requerían mayores dosis de violencia para alcanzar más o menos los mismos efectos, lo que a la larga convertía el terror en algo totalmente absurdo.

El exceso de violencia política sin resultados prácticos apreciables condujo a que las organizaciones guerrilleras dejaran de ser una amenaza contra el sistema liberal-democrático y se transformaran paradójicamente en un factor que aglutinó a diversos sectores sociales, incluyendo el estamento militar, para conservar la democracia occidental y el régimen de libre mercado como la única alternativa a una guerra civil prolongada. “[...] la democracia puede llegar a ser percibida como una ‘decisión estratégica’ para evitar la degradación del país hacia un conflicto catastrófico”.⁵¹

Cuando el poder y la influencia de *Sendero* se hallaban ya en franco declive, esta organización intentó algunos de sus actos más violentos y publicitados. En junio de 1991 “ordenó” un “paro armado” en el área metropolitana de Lima, que tuvo un impacto limitado: afectó principalmente a los transportes públicos, pero sólo de manera tangencial a la administración, el comercio y la industria. Todavía en marzo de 1992 tuvieron lugar en Lima y alrededores numerosos atentados sangrientos, pero ya la población, sobre todo de los barrios pobres, había perdido el miedo paralizante que *Sendero* generó durante muchos años. El “cinturón de hierro”, que intentó construir alrededor de Lima para “cercar a la gran burguesía y sus fuerzas represivas”,⁵² resultó un fracaso total: los

⁵¹ Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia...*, op. cit. (nota 4), p. 243; posibilidad tempranamente vislumbrada por Cynthia MacClintock, “Perspectivas para la consolidación democrática en el Perú”, en *Democracia y violencia en el Perú*, Lima, CEPEI, 1988, p. 37; MacClintock, “Sendero Luminoso: la guerrilla maoísta del Perú”, en *Revista Occidental*, vol. 3, núm. 2, Tijuana, México, 1986 (= 9), *passim*.

⁵² Ricardo Cicerchia, Diana Marre, Eduardo Paladín, “Cronología de América Latina y el Caribe”, en *Nueva Sociedad*, núm. 150, julio-agosto de 1997, p. 197.

sectores pobres y marginales de los barrios que rodean Lima no prestaron la menor colaboración.

Como se sabe, el fundador, ideólogo y jefe máximo de *Sendero*, Abimael Guzmán, fue capturado en Lima el 12 de septiembre de 1992, cuando su movimiento ya estaba debilitado en la sierra por la indiferencia de la mayoría de la población rural y la acción de las rondas campesinas, y en el medio urbano por el antagonismo de la sociedad civil. El MRTA ensayó en diciembre de 1996 un último golpe violento, que le produjo efectivamente una inmensa publicidad, pero no el ansiado apoyo popular. Un comando del MRTA tomó por sorpresa la embajada del Japón durante una recepción social, capturando a cientos de prominentes personalidades como rehenes. El MRTA quería obligar al gobierno a negociar con él (es decir, a ser reconocido como movimiento beligerante de pleno derecho) y conseguir la liberación de todos los presos pertenecientes a esta agrupación, pero no obtuvo ninguna de sus reivindicaciones; una audaz operación del ejército peruano logró la recuperación de la embajada en abril de 1997, durante la cual murieron todos los miembros del comando del MRTA. Lo que logró con esta acción fue una victoria gubernamental: el presidente Alberto Fujimori tuvo "la oportunidad de jugar una vez más su papel de líder firme contra el terrorismo",⁵³ como ya lo había hecho con mucho talento para mejorar y afianzar la imagen pública del cargo presidencial durante la captura de Abimael Guzmán.

Posiblemente *Sendero Luminoso* y el MRTA no estén aún totalmente derrotados y aniquilados, pero es improbable que vuelvan a tener el protagonismo de los años 1985-1992, cuando hicieron tambalear al Estado y lograron damnificar seriamente el tejido social peruano. El motivo para este diagnóstico negativo reside en la ineptitud de estas organizaciones de concitar un apoyo popular masivo y activo: iniciaron la guerra creyendo que ese apoyo se daría automáticamente.

Tampoco sirvió para ganar más cuadros o apoyo; lo mismo vale para el MRTA. La línea ideológica ruralista de este último era, por

⁵³ Cf. Carlos Iván Degregori, "Perú: más allá de la toma de rehenes", en *Nueva Sociedad*, núm. 148, marzo-abril de 1997, p. 9.

ejemplo, demasiado alejada de los intereses de los ciudadanos pobres, que hoy constituyen la mayoría de la población peruana.

Sendero y el MRTA mantienen, aunque muy debilitados, algunos grupos regionales armados en la sierra central, en porciones de la sierra septentrional y, muy ocasionalmente, en zonas urbanas de la costa. Ambas organizaciones tienen presencia en la zona cocalera del Alto Huallaga; cooperan con los narcotraficantes y los productores de coca, cuya conducta política es errática e imprevisible. *Sendero* y el MRTA les otorgan protección armada contra las Fuerzas Armadas y ayuda en las muchas luchas intestinas entre las bandas de esta “profesión”. Es superfluo añadir que esta actividad, aunque financieramente muy fructífera, tiene poco que ver con la política en general y con proyectos de un socialismo radical en especial.⁵⁴

La guerra de guerrillas ha producido desde 1980 más o menos treinta mil muertes violentas (incluidas las debidas a la represión policial y militar, que pasan de la mitad de esta cifra); los daños materiales y los morales resultan simplemente imposibles de ser cuantificados. La inmensa mayoría de las víctimas pertenecen a las clases populares y al campesinado de la sierra andina; poquísimas víctimas se han dado en el seno de los estratos altos y dominantes. La guerra no ha logrado modificar en lo más mínimo la estructura social del país y tampoco debilitar el poder de los grupos privilegiados; lo que sí ha conseguido ha sido descomponer aún más el tejido social y los nexos de solidaridad en las comunidades campesinas de la sierra y en las barriadas pobres de Lima.

Las Fuerzas Armadas han salido robustecidas y desde 1992 (junto con el presidente Alberto Fujimori) representan el verdadero poder decisivo en el Perú. Su comportamiento cotidiano (por ejemplo, con respecto a los derechos humanos y políticos de los ciudadanos “normales”) no es más democrático o razonable que antes de 1980: las transgre-

⁵⁴ Cf. Patrick L. Clawson, Rensselaer W. Lee, *The Andean Cocaine Industry*, Londres, Macmillan, 1997, *passim*; sobre las causas y formas de la incursión de Sendero al Alto Huallaga cf. el ensayo muy bien documentado de Gabriela Tarazona-Sevillano, “El narcoterrorismo”, en *Revista Occidental*, vol. 8 (1991), núm. 2 (= 24), pp. 151-183.

siones graves a la ley de parte de oficiales y soldados siguen inscribiéndose en la tradicional cultura del autoritarismo y de la impunidad de los poderosos.

En resumen —y como crítica inmanente—, puede afirmarse que la guerra de guerrillas no ha valido la pena desde el propio punto de vista de las organizaciones revolucionarias: lo que ellas han engendrado ha sido un enorme esfuerzo logístico, gigantescas pérdidas humanas y materiales, el desgaste moral de toda la nación y al final el rechazo de la inmensa mayoría de la población, rechazo particularmente fuerte entre aquellos sectores populares que deberían ser los beneficiarios inmediatos de la pretendida revolución radical de *Sendero Luminoso* y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.⁵⁵

⁵⁵ Así lo predijo Timothy Wickham-Crowley, "Winners, Losers and Also-Rans: Toward a Comparative Sociology of Latin American Guerrilla Movements", en Susan Eckstein (comp.), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, Berkeley, California, U. P., 1989, *passim*.